

AGONIA Y MUERTE DE MENENDEZ Y PELAYO

VIVIO medió siglo evitando su biografía. Vivió de prisa, huyendo de todo contacto, recluso en las bibliotecas donde había amordazado el espectro de su niñez que le estorbaba para vivir con los muertos ilustres. Iba de tumba en tumba, de nicho en nicho y pronto el gran cementerio de sabios tuvo para él más atractivo que la humanidad que le rodeaba.

Aprendió a leer no en "El amigo de los niños", del abate Sabatier, sino en las "Escenas Montañesas", de Pereda.

Era un chico que prefirió gastar cabos de vela leyendo libros, a punteras de zapatos, corriendo por los patios de los colegios. Era una de esas criaturas que se ponen tristes y a las cuales recetan los sabios doctores vitaminas para el cuerpo enclenque, cuando en realidad lo que necesitan son tónicos para fortalecer un espíritu exigente.

Trabajó con capacidad intelectual y material de veinte sabios. Escribió con agilidad, con limpieza y con elegancia, cuando la erudición era únicamente literatura momificada. Y tuvo genio e ingenio casi mágicos para dar movimiento a un género empantanado por lo aparatoso.

Pero con todo esto, apenas se le reconoció en su tiempo. Unicamente el agudo "Clarín", desde su rincón de Asturias, rompió los hielos de la indiferencia publicando artículos laudatorios de la labor de su antiguo amigo y condiscípulo.

Menéndez y Pelayo leía con avidez, en el tiempo necesario para pasar las hojas, según dicen los que le vieron. No usaba anteojos. Poseía un poder de captación excepcional, de suerte que podía enterarse, en una jornada de trabajo, del contenido de varios libros, anotando de cada uno los datos que le interesaran.

"Clarín", en uno de sus viajes a Madrid, le vió en el comedor del hotel de las Cuatro Naciones, de la calle del Arenal, en medio de corrientes de aire, almorzando de prisa y, a la vez, abriendo con el cuchillo un libro que iba leyendo con abstracción.

Comentario de "Clarín":
"¿Cómo puede ser esto? ¿Cuándo lee tanto Marcelino? Que estudia mientras come ya lo sabemos; pero eso no basta. El problema no tiene solución si no admitimos también que lee mientras duerme.

Sí, lee mientras duerme, así como tantos y tantos lectores, y algunos críticos, duermen mientras leen."

FINAL DE CAPITULO

1911. En los primeros días de diciembre Menéndez y Pelayo ha salido apresuradamente de Madrid. Va a refugiarse en Santander para rematar el segundo tomo de la Biblioteca de "Heterodoxos Españoles". Allí se siente enfermo, más enfermo que nunca. Pero sigue trabajando y no da noticia de su dolencia a su hermano Enrique.

Y llega el 1912. Mayo. La primavera está en todo su esplendor. Cada mañana, al pasar hacia la Biblioteca, don Marcelino se detiene un momento para contemplar un pequeño magnolio al que le ha brotado toda la flor. De este modo se percata el polígrafo del fracaso de su salud. Luego entra en la Biblioteca y trabaja

sin interrupción hasta bien entrada la noche.

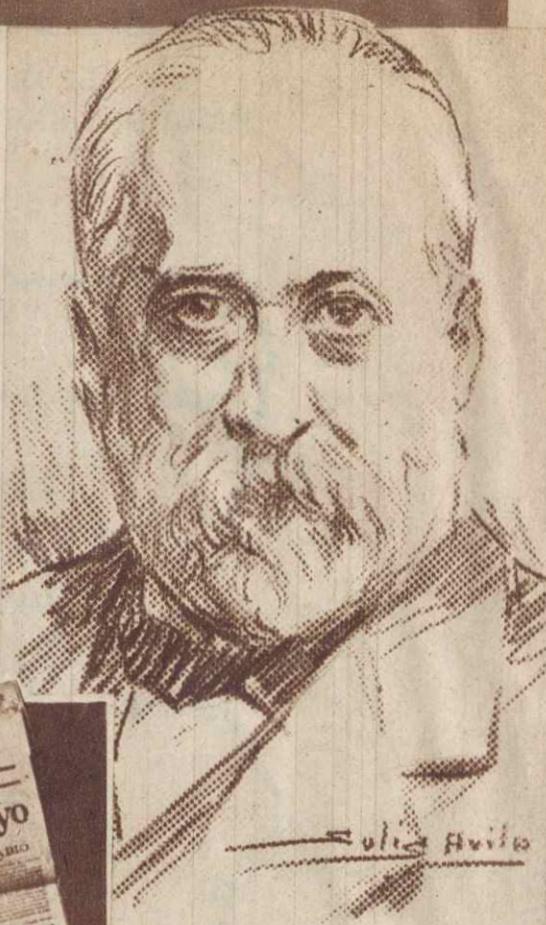
Viernes, 17. Ayer, el enfermo, no bajó a la Biblioteca. Enrique y su mujer andan por la casa con unos ojos esmerilados. Llegan los graves doctores, a instancias del médico de cabecera, don Manuel Martínez Conde. Los doctores que van a celebrar junta son los señores Quintana y Cabello. Se practican punciones, se extraen líquidos. Se prohíbe al paciente todo trabajo.

Sábado, 18. Alarma familiar. El enfermo ha tenido un colapso. Vuelven los doctores con sus caras largas y sentencian un rápido desenlace. Vómitos. Vómitos otra vez.

Por la tarde tiene el enfermo un momento de lucidez. Coge un libro que tiene al alcance de su mano. Intenta leer. Inútil: no ve absolutamente nada.

A pesar de todo, por la noche, se empeña en escribir y hay que consentirselo... Traza sobre una cuartilla algunas notas ilegibles. Vómitos, vómitos otra vez.

El domingo, 19, el enfermo aparta de sí



Menéndez y Pelayo. (Dibujo de Solís Avila.)



Los periódicos españoles encabezaron así su primera página el día de la muerte del insigne polígrafo.

la idea de que no podrá ya terminar la obra que tiene empezada y que ha quedado sobre una mesa de la Biblioteca. Se da cuenta de que va a morir y pide la Comunión.

Se la traen a las diez. Por la tarde pierde el conocimiento. Le administran la Extremaunción en otro momento de lucidez. Luego, sopor. Y a las seis y media de la tarde don Marcelino deja de existir.

EPILOGO DE UNA VIDA

Se amortajó al polígrafo con el hábito de San Francisco. La noticia causó una gran sorpresa en Santander, ya que ni siquiera se sabía que estuviese enfermo.

Murió don Marcelino de resultas de una cirrosis atófica. Quiso aumentar la capacidad de trabajo excitándose con el alcohol. Lo consiguió, trabajando horas y horas

con gran ahinco, con gran exaltación. Pero luego fué víctima de su procedimiento.

Baroja me decía:

—Yo vi a Menéndez y Pelayo muchas veces. Salía de la Academia de la Historia, de la calle del León, tomaba la del Príncipe y allí empezaba a entrar en todas las ta-

bernas, donde tomaba aguardiente. Cuando llegaba a un "bar" o así, que estaba enfrente de Fornos, iba ya intoxicado, con la cabeza inclinada y una sonrisita como de "Manipo", de Velázquez, sosteniendo con una mano sobre el hombro la punta de la capa. ¡Qué tío! ¡Pchs!... A mí me pareció siempre un hombre insoportable y pesado.

Aquel 19 de mayo de 1912 la Orquesta Sinfónica de Madrid, que estaba en Santander, suspendió su concierto al saber la noticia, y ejecutó, en homenaje al ilustre muerto, la marcha fúnebre de "El ocaso de los dioses".

Don Enrique Menéndez y Pelayo, hermano del polígrafo, recibió un telegrama del conde de las Navas, bibliotecario mayor de Palacio, en el que se expresaba el deseo de Alfonso XIII de adquirir la última cuartilla que escribiera el maestro y su pluma.

Esta cuartilla le fué enviada. Se halló entre las hojas de un libro del obispo Osio, el mismo que manejó don Marcelino un día antes de su muerte.

Entre las múltiples coronas recibidas, figuró una con la siguiente leyenda sobre un lazo negro: "Las vendedoras de la plaza de la Esperanza."

Marino GOMEZ-SANTOS